



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

CAPITULO I REFLEXIONES PREVIAS

EL TRIUNFO O EL FRACASO, cada uno a su modo, constituyen un estímulo en la vida del hombre. El primero nos alienta para seguir por el camino del éxito y el segundo, si sabemos superarlo, proporciona una magnífica enseñanza.

Como todos los hombres, he tenido durante mi vida de lo uno y de lo otro, pero el saldo ha sido favorable.

No hay duda y ello es lo que quiero demostrar con estos apuntes autobiográficos, que en México, país libre y democrático, ni la humildad de origen, ni la pobreza, son obstáculos infanqueables para alcanzar los puestos más elevados e importantes dentro del Estado, o para llegar a la cúspide en cualquier actividad útil para la sociedad. Y en los dos ámbitos, en el público y en el privado, es posible servir a la colectividad y, particularmente, a los que viven de la fuerza de su trabajo.

En México, no existen discriminaciones derivadas de raza o de clase social. De esta igualdad emana una consecuencia importante: quien sabe reflexionar para trazarse el buen camino que ha de llevarlo a la meta fijada por sus ambiciones y, además de la reflexión, tiene energía de carácter, puede lograr buen éxito. Para ello debe abrirse el espíritu a los consejos

sanos y a los buenos ejemplos. Sobre todo a estos últimos, que son el mejor método de enseñanza. De ambos, de los consejos y de los buenos ejemplos, procuré tomar cuanto me era provechoso y cooperaba a llevarme al fin donde estaban mis esperanzas y mis ilusiones. Naturalmente cometí errores y, al reconocerlos, confío en que aquellos que me lean, sobre todo los jóvenes, huyan de equívocos semejantes. Por otra parte, abrigo la esperanza de que lo bueno en mi existencia, sirva de estímulo a los que tienen ambición de triunfar. Mi relato será sencillo y veraz.

Insisto, un humilde muchacho, cualquiera que haya sido su origen, puede llegar a ser un hombre capaz y útil y, probablemente, hasta importante, en la sociedad en que viva y se desenvuelva. De una pequeña bellota llega a formarse un roble grande, fuerte y frondoso.

No existe una regla general. Pero en innumerables casos el hombre suele encumbrarse a la altura que desea cuando proviene de un medio de pobreza y no cuando lo rodea un ambiente de opulencia, en el que no existen necesidades insatisfechas, ni obligaciones que cumplir con apremio. En el último caso se conforma, cuando mucho, con sostener una situación ya creada que no se debe a su esfuerzo. Lo importante, especialmente para la juventud, es tener visión del porvenir y ambición de levantarse. Quienes desde niños sufren la pobreza, desde niños tratan de encontrar la forma de mejorar sus condiciones de vida. Estoy seguro de que han existido millares y millares de hombres que han dejado pasar la oportunidad o las oportunidades que se les han presentado para llegar a ser útiles. Unos, porque indolentes, dejan pasar la vida por una mal entendida humildad que siega sus ambiciones. Otros, porque no encuentran su verdadera vocación y olvidan que el hombre no tiene aptitudes universales y los de más allá, por miedo a los críticos implacables, esos críticos

que no saben más que censurar y que jamás han hecho nada en beneficio de persona alguna. Estos hombres son perniciosos sobre todo cuando oran de mala fe y tienen por oficio, por hábito, censurar todo aquello que no les beneficia o mofarse de cualquier cosa que ellos no han podido realizar. Durante mi vida me desentendí de esas personas y al escribir estas memorias lo hago también, porque mi propósito es sano y desinteresado.

Mi experiencia me ha demostrado que el hombre puede hacer de su vida lo que él elija para el futuro, si su objetivo no es insensato o descabellado. Para ello necesita, fundamentalmente, repito, seguridad en sí mismo. Si su origen es humilde, encontrará obstáculos más altos y tendrá que emplear mayores energías. Esto lo hará mas fuerte. Debe estar convencido que no se necesita de capacidad intelectual extraordinaria para realizar cosas importantes y útiles si previamente se formula un plan y se sigue éste con propósito firme y energía indeclinable. La decisión y la voluntad pueden suplir la falta de capacidad intelectual y aun aventajar, en algunos casos, a aquellos que gozan de una inteligencia brillante o superior.

No es esta la cualidad única para lograr un fin de envergadura. El talento que no se emplea con método y constancia resulta un don estéril. Ese talento no es útil cuando no viene acompañado de ambiciones sanas y laboriosidad constante. Han existido seres dotados de mentalidad extraordinaria a quienes la vida ha derrotado. Es frecuente que cuando hombres de gran inteligencia y cultura alcanzan puestos importantes dentro del Gobierno, cometen errores tremendos. Se debe a que no tienen espíritu práctico, ni experiencia y suelen perder el buen criterio entre utopías o principios exclusivamente teóricos. En cambio, he podido percatarme que los buenos administradores y los mejores elementos para el servicio del Estado, son aquellos que tienen imaginación, vo-

luntad indomable y sentido común. Los titubeantes, los que no asumen actitudes definidas, desorientan a los gobernados y generalmente fracasan.

Además, he podido observar que los hombres sólo utilizan, en ocasiones, una parte mínima de su potencialidad física o intelectual y, por eso, sólo alcanzan triunfos pequeños o parciales, o llegan a situaciones de desastre y de graves consecuencias. Debemos, pues, utilizar nuestros recursos a su máxima capacidad. Esta es una manera también de sobresalir, venciendo a la mediocridad.

Para ello se necesita, igualmente, meditar y preparar el ambiente antes de obrar. Idear con anticipación lo que se intenta hacer. Estoy convencido que el hombre no es juguete del destino, como lo afirman y hasta lo gritan, entre lamentaciones, los pesimistas y fracasados. El destino, por el contrario, es producto y resultado de la actividad del hombre; éste lo elige o lo suscita. Georges Clemenceau decía: *Jóvenes, remangaos y labrad vuestro destino*. Somos parte de la creación y de la naturaleza y podemos equipararnos a una de tantas semillas; pero con la diferencia y la ventaja de que somos nosotros los que podemos superarlos, cultivando nuestras propias facultades.

El destino del hombre depende fundamentalmente de él mismo. Es él quien determina cuál es su propio mundo. Cuando se tiene seguridad en sí mismo, el propio espíritu guía y protege el hombre al grado tal que en ocasiones parece que hasta la materia lo obedece. Debemos confiar en nosotros mismos para formular el porvenir. Lo importante es modelar o dibujar mentalmente el propio destino y una vez logrado esto, la naturaleza produce la fuerza y la decisión incontenibles para realizar lo que se desea. El sólo tener seguridad en sí mismo es ya un factor que garantiza el éxito.

Hay mucha gente que atribuye a la buena suerte de los demás la causa de sus triunfos en la vida. Yo creo que esto es

falso; que ni siquiera la suerte existe y, por lo tanto, que no es un factor determinante de la vida. Lo que algunos llaman suerte, puede ser un acontecimiento imprevisto, un golpe casual y en ocasiones momentáneo, del cual no se puede depender y mucho menos esperar que sea el hecho determinante del bienestar. En alguna ocasión, jugando golf con el licenciado Antonio Carrillo Flores y dos compañeros más, uno de ellos, con un tiro de casualidad, logró meter la pelota en el hoyo que se encontraba a larga distancia. El contrincante exclamó: “¡Qué suerte!” a lo que el licenciado Carrillo Flores contestó: “La suerte opera en la esfera de la eficiencia”. Y esto es cierto. Cuando el hombre se propone seguir una vida recta, cumpliendo con su deber y además tiene el propósito de hacer el bien a sus congéneres, llegará a la meta con o sin buena suerte.

Los fracasados, que nunca fueron laboriosos ni tuvieron visión del porvenir, hablan de su mala estrella y le atribuyen la causa de sus desastres. ¿Que culpa tienen las estrellas de los errores y debilidades de los hombres? La buena o la mala estrella no es más que la que nosotros mismos suscitamos. Al hombre lo acompaña la buena estrella cuando él mismo la ha buscado y nunca la alcanzará, ni la tendrá a su lado, si no cultiva su carácter. Es el carácter, la fuerza, tanto espiritual como material, del individuo; es la fuerza que ejecuta lo que ha modelado el pensamiento. El hombre sin carácter es un paralítico, un tullido.

Una de las cosas de las que siempre me he atrepentido es no haber sido un buen estudiante. Este error lo pagué después, realizando esfuerzos extraordinarios. En un principio, no puse la atención debida a las enseñanzas modestas que impartían mis profesores cuando era solamente un niño.

La educación y la instrucción pública han cambiado notablemente en México, si se les compara con la época en que

recibí la instrucción de las primeras letras. Las causas para no estudiar han disminuido hoy. La pobreza no es ya tan grave obstáculo, pues la enseñanza que imparte el Estado es gratuita, llegando hasta el extremo de entregar a los educandos, sin costo alguno, los libros de texto. Nuestras leyes se vieron obligadas a establecer que la instrucción primaria fuera obligatoria. Siempre he pensado que semejante principio debe extenderse igualmente hasta los estudios secundarios. A mi juicio, la razón principal que tuvo el legislador para obligar a los padres a mandar a sus hijos a la escuela, es bien clara. Antes, algunos preferían u optaban por obligar a sus hijos a trabajar, a fin de que éstos los ayudaran en las cargas económicas de la familia. Mas ahora, gracias a las leyes que protegen a las clases trabajadoras, leyes que emanaron de la Revolución, el ingreso y el nivel de vida de esas clases ha subido considerablemente. Es cierto que su salario no les permite satisfacer todas sus necesidades; pero al menos, la generalidad, no necesita, inevitablemente, mandar ya a sus hijos pequeños al trabajo. Prefiere que se eduquen e instruyan y por eso la demanda de escuelas y aulas, ha crecido en proporciones gigantescas. Es muy difícil satisfacer en su totalidad esa gran demanda, a pesar de los esfuerzos que realiza el Estado. Por eso contemplamos ahora largas filas, “colas”, de padres afligidos, que van en busca de educación para sus hijos.

El pueblo está compenetrado ya de que lo más importante, lo fundamental, lo básico, para el progreso del país, es la educación. Durante los encargos gubernamentales que desempeñé, siempre procuré dar preferencia al problema de la instrucción pública, incrementándola hasta los límites presupuestales. La ignorancia, el analfabetismo, son factores que fomentan la esclavitud. Para que un pueblo sea libre necesita ser instruido. La mejor inversión pública es la destinada a la educación.

Además de la ignorancia, la pobreza sigue siendo uno de

los problemas fundamentales de México. Los dos problemas son gemelos, están estrechamente vinculados y se mueven dentro de la misma órbita. Obviamente, la pobreza, se resuelve con mejores salarios y siempre he procurado desde el Gobierno y en el campo de la actividad privada, cooperar el alivio de esta dolorosa situación.

Junto con mi esposa establecí, con nuestro peculio, la “Fundación Esposos Rodríguez”, cuya misión es costear la instrucción de estudiantes pobres sonorenses. Nunca he creído que este sea un acto de caridad, sino de asistencia privada, a la que deben concurrir todos los que están en posibilidad de hacerlo.

También he pugnado con ahínco por levantar el nivel de vida de las clases menesterosas, realizando una política de mejores salarios y dando a los trabajadores participen en las utilidades de algunas empresas.

Creo que todos debemos ayudar a quienes la adversidad circunda, para que, al menos, nazca en ellos la esperanza.